

DOMINGO 24 DEL TIEMPO ORDINARIO A



Primera lectura

• Lectura del libro del Eclesiástico 27, 30 – 28, 7

Rencor e ira también son detestables, el pecador los posee.

El vengativo sufrirá la venganza del Señor, que llevará cuenta exacta de sus pecados.

Perdona la ofensa a tu prójimo y, cuando reces, tus pecados te serán perdonados. Si un ser humano alimenta la ira contra otro, ¿cómo puede esperar la curación del Señor?

Si no se compadece de su semejante, ¿cómo pide perdón por sus propios pecados?

Si él, simple mortal, guarda rencor, ¿quién perdonará sus pecados?

Piensa en tu final y deja de odiar, acuérdate de la corrupción y de la muerte

y sé fiel a los mandamientos. Acuérdate de los mandamientos y no guardes rencor a tu prójimo; acuérdate de la alianza del Altísimo y pasa por alto la ofensa.

Salmo 102, 1-2. 3-4. 9-10. 11-12

**R/. El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.**

Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre.

Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios. **R/.**

Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa, y te colma de gracia y de ternura. **R/.**

No está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo;
no nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpa. **R/.**

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre los que lo temen;
como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos. **R/.**

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 14, 7-9

Hermanos:

Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo.

Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor;

así que, ya vivamos ya muramos, somos del Señor.

Pues para esto murió y resucitó Cristo:

para ser Señor de muertos y vivos.

Lectura del santo evangelio según san Mateo 18, 21-35

Lectura del santo evangelio según san Mateo 18, 21-35

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó:

«Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?».

Jesús le contesta:

«No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Por esto, se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus criados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos.

Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así.

El criado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo:

"Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo".

Se compadeció el señor de aquel criado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda.

Pero al salir, el criado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba diciendo: "Págame lo que me debes".

El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo:

"Ten paciencia conmigo y te lo pagaré".

Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido.

Entonces el señor lo llamó y le dijo:

"¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste ¿no debías tener tú también compasión de un compañero, como yo tuve compasión de ti?".

Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos



APOLOGÍA DEL PERDÓN

Casi siempre que he escrito sobre el perdón he recibido cartas, por lo general anónimas, en que se me acusaba de olvidar el sufrimiento de las víctimas del terrorismo, de no entender la humillación de quien ha sido traicionado por su cónyuge, de no «tener los pies sobre el suelo» y cosas semejantes.

No me resulta difícil comprender esta resistencia al perdón. ¿Cómo no voy a intuir la rabia, impotencia y dolor de quien ha sido víctima de la violencia, el desprecio o la traición? Pero, precisamente, el resentimiento y la agresividad que se advierten tras esas líneas me hacen ver con mayor claridad qué sería de un mundo en que se suprimiera el perdón.

Hay un mecanismo de defensa bien conocido por los psicólogos. En virtud de un «mimetismo misterioso», quien ha sido víctima de una agresión tiende a su vez a imitar de alguna manera a su agresor. Se trata de una reacción casi instintiva que se desata en el inconsciente individual o colectivo y puede incluso transmitirse de generación en generación.

Si, en algún momento, no se produce una reacción de signo contrario, el mal tiende a perpetuarse. Cuando la víctima no quiere o no puede perdonar, queda en ella una «herida mal curada» que le hace daño, pues la encadena negativamente al pasado. De la misma manera, el resentimiento instalado en una sociedad hace más difícil la lucidez para buscar caminos de convivencia, y puede bloquear todo esfuerzo por encontrar solución a los conflictos.

El deseo de revancha es, sin duda, la respuesta más instintiva ante la ofensa. La persona necesita defenderse de la herida recibida, pero, como advierte el conocido experto Jacques Pohier, quien pretenda curar su herida infligiendo sufrimiento al agresor, se equivoca. El sufrimiento no posee un poder mágico para curar de la humillación o la agresión recibidas. Puede producir una breve satisfacción, pero la persona necesita algo más para volver a vivir de forma sana. Lo decía hace mucho tiempo Henri Lacordaire: «¿Quieres ser feliz un momento? Véngate. ¿Quieres ser feliz siempre? Perdona».

A veces se olvida que el proceso del perdón a quien más bien hace es al ofendido, pues lo libera del mal, hace crecer su dignidad y nobleza, le da fuerzas para recrear su vida, le permite iniciar nuevos proyectos. Cuando Jesús invita a perdonar «hasta setenta veces siete», está invitando a seguir el camino más sano y eficaz para erradicar de nuestra vida el mal. Sus palabras adquieren una hondura todavía mayor para quien cree en Dios como fuente última de perdón: «Perdonad y seréis perdonados».

José Antonio Pagola

APOLOGIE DU PARDON

Presque chaque fois que j'ai écrit sur le pardon, j'ai reçu des lettres, généralement anonymes, m'accusant d'oublier la souffrance des victimes du terrorisme, de ne pas comprendre l'humiliation de ceux qui ont été trahis par leur conjoint, de ne pas «avoir les pieds sur terre» et d'autres choses similaires.

Je comprends aisément cette résistance au pardon. Comment ne pas ressentir la rage, l'impuissance et la douleur de ceux qui ont été victimes de violence, de mépris ou de trahison? Mais c'est précisément le ressentiment et l'agressivité qui transparaissent dans ces lignes qui me font voir plus clairement ce que serait un monde où le pardon n'existerait pas.

Il existe un mécanisme de défense bien connu des psychologues. En vertu d'un «mimétisme mystérieux», celui qui a été victime d'une agression a tendance à imiter d'une manière ou d'une autre son agresseur. Il s'agit d'une réaction presque instinctive qui se déclenche dans l'inconscient individuel ou collectif et qui peut même se transmettre de génération en génération.

Si, à un moment donné, aucune réaction contraire ne se produit, le mal a tendance à se perpétuer. Lorsque la victime ne veut ou ne peut pardonner, il reste en elle une «blessure mal cicatrisée» qui lui fait du mal, car elle l'enchaîne négativement au passé. De la même manière, le ressentiment installé dans une société rend plus difficile la lucidité nécessaire pour rechercher des voies de coexistence et peut bloquer tout effort pour trouver une solution aux conflits.

Le désir de vengeance est sans aucun doute la réponse la plus instinctive à une offense. La personne a besoin de se défendre contre la blessure reçue, mais, comme le prévient le célèbre expert Jacques Pohier, celui qui prétend guérir sa blessure en infligeant des souffrances à l'agresseur se trompe.

La souffrance n'a pas le pouvoir magique de guérir l'humiliation ou l'agression subies. Elle peut procurer une brève satisfaction, mais la personne a besoin de quelque chose de plus pour retrouver une vie saine. Henri Lacordaire le disait il y a longtemps: «Tu veux être heureux un instant? Venge-toi. Tu veux être heureux toujours? Pardonne».

On oublie parfois que le pardon profite davantage à celui qui a été offensé, car il le libère du mal, renforce sa dignité et sa noblesse, lui donne la force de reconstruire sa vie et lui permet d'entreprendre de nouveaux projets. Lorsque Jésus invite à pardonner «jusqu'à soixante-dix fois sept fois», il invite à suivre la voie la plus saine et la plus efficace pour éradiquer le mal de notre vie. Ses paroles prennent une profondeur encore plus grande pour ceux qui croient en Dieu comme source ultime du pardon: «Pardonnez et vous serez pardonnés».

José Antonio Pagola Traducteur: Carlos Orduna